

Bienaventurados los que creen

Sábado de tarde, 9 de noviembre

En la fraternidad humana, se requiere toda clase de talento para hacer un perfecto conjunto; y la iglesia de Cristo está compuesta de hombres y mujeres de diversos talentos, y de todas clases. Dios no quiso nunca que el orgullo de los hombres abrogase lo que su sabiduría había ordenado, a saber: la combinación de mentes de toda clase, de todos los diversos talentos para formar un conjunto completo. Nadie debe menoscabar ninguna parte de la gran obra de Dios, sean los agentes encumbrados o humildes. Todos tienen que hacer su parte en cuanto a difundir la luz en diferentes grados.

No debe haber monopolio de lo que, en cierta medida, pertenece a todos, encumbrados y humildes, ricos y pobres, sabios e ignorantes. Ningún rayo de luz debe ser estimado en menos que su valor, ningún rayo debe ser cegado ni pasar inadvertido, ni siquiera ser reconocido de mala gana. Desempeñen todos su parte para la verdad y la justicia. Los intereses de las diferentes clases de la sociedad están indisolublemente unidos. Estamos todos entretnejidos en la gran trama de la humanidad, y no podemos retirar nuestras simpatías unos de otros, sin que haya pérdida. Es imposible que se conserve una influencia sana en la iglesia cuando no existen esta simpatía y este interés recíprocos (*Obreros evangélicos*, p. 346).

Concuerta con lo ordenado por Dios que se asocien personas de diversos temperamentos. Cuando esto sucede, cada miembro de la familia debe considerar y respetar como sagrados los sentimientos y derechos ajenos. Así se cultivarán la consideración y la tolerancia mutuas, se subyugarán los prejuicios y se suavizarán los rasgos toscos del carácter. Se asegurará la armonía, y la fusión de los variados temperamentos beneficiará a cada uno (*El hogar cristiano*, pp. 386, 387).

Que la pregunta resuene hoy al corazón de todos los que profesan el nombre de Cristo: “¿Crees en el Hijo de Dios?”... Muchos aceptan a Jesús como un principio, una creencia, pero no tienen una fe salvadora en él como su sacrificio y Salvador. No se dan cuenta de que Cristo ha muerto para salvarlos del castigo de la ley que han transgredido, a fin de que puedan volver a ser leales a Dios. ¿Crees que Cristo, como vuestro sustituto, paga la deuda de vuestra transgresión? Pero no para

que continuéis en el pecado, sino para que seáis salvados de vuestros pecados; para que, por los méritos de su justicia, seáis reintegrados al favor de Dios...

Podéis decir que creéis en Jesús, cuando tenéis una apreciación del coste de la salvación. Podéis hacer esta afirmación, cuando sentís que Jesús murió por vosotros en la cruenta cruz del Calvario; cuando tenéis una fe inteligente y comprensiva de que su muerte hace posible que dejéis de pecar, y que perfeccionéis un carácter justo por la gracia de Dios, otorgada a vosotros gracias al precio de la sangre de Cristo (*The Review and Herald*, 24 de julio, 1888, párrafo 4, 5).

Domingo, 10 de noviembre: Remontándonos a Abraham

[Abraham] elevó la más ferviente oración porque antes de su muerte pudiera contemplar al Mesías. Y vio a Cristo. Se le dio una comunicación sobrenatural, y reconoció el carácter divino de Cristo. Vio su día, y se gozó. Se le dio una visión del sacrificio divino por el pecado. Tuvo una ilustración de ese sacrificio en su propia vida. Recibió la orden: "Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas... y ofrécelo... en holocausto". Génesis 22:2. Sobre el altar del sacrificio, colocó al hijo de la promesa, el hijo en el cual se concentraban sus esperanzas. Entonces, mientras aguardaba junto al altar con el cuchillo levantado para obedecer a Dios, oyó una voz del cielo que le dijo: "No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; que ya conozco que temes a Dios, pues que no me rehusaste tu hijo, tu único". Génesis 22:12. Se le impuso esta terrible prueba a Abraham para que pudiera ver el día de Cristo y comprender el gran amor de Dios hacia el mundo, tan grande que para levantarlo de la degradación dio a su Hijo unigénito para que sufriera la muerte más ignominiosa (*El Deseado de todas las gentes*, p. 434).

"Abraham vuestro padre se gozó de que habría de ver mi día; y lo vio, y se gozó. Entonces le dijeron los judíos: aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? Jesús les dijo: de cierto, de cierto os digo: antes que Abraham fuese yo soy". Juan 8:56-58.

Aquí Cristo les muestra que, aunque podían calcular que su edad no alcanzaba los cincuenta años, su vida divina no podía ser calculada por cálculos humanos. La existencia de Cristo antes de su encarnación no se puede medir con cifras.

"Antes que Abraham fuese, yo soy". Cristo es el Hijo de Dios, pre-existente y autoexistente. El mensaje que le comunicó a Moisés para ser dado a los hijos de Israel fue: "Así dirás a los hijos de Israel: YO SOY me envió a vosotros". Éxodo 3:14 (*Exaltad a Jesús*, p. 11).

El premio no se otorga por las obras, a fin de que nadie se alabe; mas es todo por gracia. "¿Qué, pues, diremos que halló Abraham nuestro padre según la carne? Que si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse; mas no para con Dios. Porque ¿qué dice

la Escritura? Y creyó Abraham a Dios, y le fue atribuido a justicia. Empero al que obra, no se le cuenta el salario por merced, sino por deuda. Mas al que no obra, pero cree en aquel que justifica al impío, la fe le es contada por justicia". Romanos 4:1-5. Por lo tanto, no hay motivo para que uno se gloríe sobre otro o manifieste envidia hacia otro. Nadie obtiene un privilegio superior a otro, ni puede alguien reclamar la recompensa como un derecho (*Palabras de vida del gran Maestro*, pp. 331, 332).

Lunes, 11 de noviembre: El testimonio de María

Fui transportada al tiempo cuando Jesús comió la cena de pascua con sus discípulos. Satanás había engañado a Judas y le había inducido a considerarse como uno de los verdaderos discípulos de Cristo; pero su corazón había sido siempre carnal. Había visto las potentes obras de Jesús, había estado con él durante todo su ministerio, y se había rendido a la suprema evidencia de que era el Mesías; pero Judas era mezquino y codicioso. Amaba el dinero. Lamentóse con ira de lo mucho que había costado el unguento que María derramó sobre Jesús. María amaba a su Señor. Él le había perdonado sus pecados, que eran muchos, y había resucitado de entre los muertos a su muy querido hermano, por lo que nada le parecía demasiado caro en obsequio de Jesús. Cuanto más precioso fuese el unguento, mejor podría ella manifestar su agradecimiento a su Salvador, dedicándoselo... Aquel acto de generosidad de parte de María fue un acerbo reproche contra la disposición avarienta de Judas. Estaba preparado el camino para que la tentación de Satanás hallara fácil acceso al corazón de Judas (*Primeros escritos*, p. 165).

A costa de gran sacrificio personal, había adquirido un vaso de alabastro de "nardo líquido de mucho precio" para ungir su cuerpo. Pero muchos declaraban ahora que él estaba a punto de ser coronado rey. Su pena se convirtió en gozo y ansiaba ser la primera en honrar a su Señor. Quebrando el vaso de unguento, derramó su contenido sobre la cabeza y los pies de Jesús, y llorando postrada le humedecía los pies con sus lágrimas y se los secaba con su larga y flotante cabellera...

María no conocía el significado pleno de su acto de amor. No podía contestar a sus acusadores. No podía explicar por qué había escogido esa ocasión para ungir a Jesús. El Espíritu Santo había pensado en lugar suyo, y ella había obedecido sus impulsos. La Inspiración no se humilla a dar explicaciones. Una asistencia invisible habla a la mente y al alma, y mueve el corazón a la acción. Es su propia justificación.

Cristo le dijo a María el significado de su acción, y con ello le dio más de lo que había recibido. "Porque echando este unguento sobre mi cuerpo —dijo él—, para sepultarme lo ha hecho". De la manera en que el alabastro fue quebrado y se llenó la casa entera con su fragancia, así Cristo había de morir, su cuerpo había de ser quebrantado; pero él había de resucitar de la tumba y la fragancia de su vida llenaría la tie-

ra. “Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor suave”. Efesios 5:2 (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 513-515).

[Dios] siempre conoce mucho mejor que nosotros lo que es necesario para el bien de sus hijos, y nos conduce como nosotros elegiríamos ser guiados si pudiéramos discernir nuestros propios corazones y ver nuestras necesidades y peligros tal como Dios las ve... Si confiamos en él, y le encomendamos nuestros caminos, él dirigirá nuestros pasos por la senda que nos conduzca a la victoria sobre toda pasión pecaminosa, sobre todo rasgo de carácter que no es semejante al carácter de nuestro Modelo divino (*Nuestra elevada vocación*, p. 318).

Martes, 12 de noviembre: El testimonio involuntario de Pilato

Desde un principio se convenció Pilato de que Jesús no era un hombre como los demás. Lo consideraba un personaje de excelente carácter y de todo punto inocente de las acusaciones que se le imputaban. Los ángeles testigos de la escena observaban el convencimiento del gobernador romano, y para disuadirle de la horrible acción de entregar a Cristo para que lo crucificaran, fue enviado un ángel a la mujer de Pilato, para que le dijera en sueños que era el Hijo de Dios a quien estaba juzgando su esposo y que sufría inocentemente. Ella envió en seguida un recado a Pilato refiriéndole que había tenido un sueño muy penoso respecto a Jesús, y aconsejándole que no hiciese nada contra aquel santo varón. El mensajero, abriéndose apresuradamente paso por entre la multitud, entregó la carta en las propias manos de Pilato. Al leerla, este tembló, palideció y resolvió no hacer nada por su parte para condenar a muerte a Cristo. Si los judíos querían la sangre de Jesús, él no prestaría su influencia para ello, sino que se esforzaría por libertarlo (*Primeros escritos*, pp. 172, 173).

“Y viendo Pilato que nada adelantaba, antes se hacía más alboroto, tomando agua se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo: veréislo vosotros”. Con temor y condenándose a sí mismo, Pilato miró al Salvador. En el vasto mar de rostros vueltos hacia arriba, el suyo era el único apacible. En derredor de su cabeza parecía resplandecer una suave luz. Pilato dijo en su corazón: Es un Dios. Volviéndose a la multitud, declaró: Limpio estoy de su sangre, tomadle y crucificadle. Pero notad, sacerdotes y príncipes, que yo lo declaro justo. Y Aquel a quien él llama su Padre os juzgue a vosotros y no a mí por la obra de este día. Luego dijo a Jesús: Perdóname por este acto; no puedo salvarte. Y cuando le hubo hecho azotar otra vez, le entregó para ser crucificado (*El Deseado de todas las gentes*, p. 687).

Pilato escribió entonces una inscripción en hebreo, griego y latín y

la colocó sobre la cruz, más arriba que la cabeza de Jesús. Decía: “Jesús Nazareno, Rey de los judíos”...

Los sacerdotes vieron lo que habían hecho, y pidieron a Pilato que cambiase la inscripción. Dijeron: “No escribas, Rey de los Judíos: sino, que él dijo: Rey soy de los Judíos”. Pero Pilato estaba airado consigo mismo por su debilidad anterior y despreciaba cabalmente a los celosos y arteros sacerdotes y príncipes. Respondió fríamente: “Lo que he escrito, he escrito”.

Un poder superior a Pilato y a los judíos había dirigido la colocación de esa inscripción sobre la cabeza de Jesús. En la providencia de Dios, tenía que incitar a reflexionar e investigar las Escrituras. El lugar donde Cristo fue crucificado se hallaba cerca de la ciudad. Miles de personas de todos los países estaban entonces en Jerusalén, y la inscripción que declaraba Mesías a Jesús de Nazaret iba a llegar a su conocimiento. Era una verdad viva transcrita por una mano que Dios había guiado (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 694, 695).

Miércoles, 13 de noviembre: El testimonio de Tomás

Cuando Cristo se encontró por primera vez con los discípulos en el aposento alto, Tomás no estaba con ellos. Oyó el informe de los demás y recibió abundantes pruebas de que Jesús había resucitado; pero la lobreguez y la incredulidad llenaban su alma. El oír a los discípulos hablar de las maravillosas manifestaciones del Salvador resucitado no hizo sino sumirlo en más profunda desesperación. Si Jesús hubiese resucitado realmente de los muertos no podía haber entonces otra esperanza de un reino terrenal. Y hería su vanidad el pensar que su Maestro se revelase a todos los discípulos excepto a él. Estaba resuelto a no creer, y por una semana entera reflexionó en su condición, que le parecía tanto más oscura en contraste con la esperanza y la fe de sus hermanos (*El Deseado de todas las gentes*, p. 747).

Nuestro Salvador no tiene palabras de encomio para los que, en estos últimos días, son de corazón lento para creer, como tampoco elogió al dudoso Tomás, quien alardeaba de que no creería en las pruebas que los discípulos referían, y a las que ellos daban crédito, de que Cristo se había ciertamente levantado de entre los muertos y se les había aparecido. Dijo Tomás: “Si no viere en sus manos la señal de los clavos”... “y metiere mi mano en su costado, no creeré”. Juan 20:25. Cristo le brindó a Tomás la evidencia que había dicho que necesitaba; pero le reprochó: “No seas incrédulo, sino creyente”. Tomás reconoció que había sido convencido. Jesús le dijo: “Porque me has visto, Tomás, creíste; bienaventurados los que no vieron, y creyeron” (*Testimonios para la iglesia*, t. 2, p. 613).

Muchos aficionados a la duda se disculpan diciendo que si tuviesen las pruebas que Tomás recibió de sus compañeros, creerían. No com-

prenden que no solamente tienen esa prueba, sino mucho más. Muchos que, como Tomás, esperan que sea suprimida toda causa de duda, no realizarán nunca su deseo. Quedan gradualmente confirmados en la incredulidad. Los que se acostumbran a mirar el lado sombrío, a murmurar y quejarse, no saben lo que hacen. Están sembrando las semillas de la duda, y segarán una cosecha de duda. En un tiempo en que la fe y la confianza son muy esenciales, muchos se hallarán así incapaces de esperar y creer.

En el trato que concedió a Tomás, Jesús dio una lección para sus seguidores. Su ejemplo demuestra cómo debemos tratar a aquellos cuya fe es débil y que dan realce a sus dudas. Jesús no abrumó a Tomás con reproches ni entró en controversia con él. Se reveló al que dudaba. Tomás había sido irrazonable al dictar las condiciones de su fe, pero Jesús, por su amor y consideración generosa, quebrantó todas las barreras. La incredulidad queda rara vez vencida por la controversia. Se pone más bien en guardia y halla nuevo apoyo y excusa. Pero revélese a Jesús en su amor y misericordia como el Salvador crucificado, y de muchos labios antes indiferentes se oirá el reconocimiento de Tomás: “¡Señor mío, y Dios mío!” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 748).

Jueves, 14 de noviembre: Nuestro testimonio en favor de Jesús

Contemplando el destino de la ciudad que tanto había amado, el alma de Jesús lamentaba la niña de sus cuidados. El amor no correspondido quebrantó el corazón del Hijo de Dios. Poco se imaginaba la multitud el dolor que embargaba el espíritu de Aquel a quien adoraban. Veían sus lágrimas y oían sus gemidos... pero no podían comprender el significado de su lamento por Jerusalén. Mientras tanto, los gobernantes de Jerusalén han recibido informes de que Jesús se aproxima a la ciudad con un gran concurso de gente. Salen con temor a su encuentro, esperando dispersar la multitud por causa de su propia autoridad.

Cuando la procesión está por descender del monte de las Olivas, los gobernantes la interceptan. Inquieren la causa del tumultuoso regocijo. Cuando preguntan: “¿Quién es este?” los discípulos, llenos de inspiración, contestan. En elocuentes acordes repiten las profecías concernientes a Cristo: Adán os dirá: Esta es la simiente de la mujer, que herirá la cabeza de la serpiente. Preguntadle a Abraham, quien os dirá: Es “Melquisedec, rey de Salem”,³ rey de paz. Jacob os dirá: Es Shiloh, de la tribu de Judá... Daniel will tell you, He is the Messiah. Hosea will tell you, He is “the Lord God of hosts; the Lord is His memorial”. Hosea 12:5. John the Baptist will tell you, He is “the Lamb of God, which taketh away the sin of the world”. John 1:29. The great Jehovah has proclaimed from His throne, “This is My beloved Son”. Matthew 3:17. We, His disciples, declare, This is Jesus, the Messiah, the Prince of life, the Redeemer of the world (*The Spirit of Prophecy*, t. 2, p. 395; parcialmente en *El Deseado de todas las gentes*, pp. 531, 532).

Tenemos los grandes principios de la salvación revelados en la Palabra de Dios, que tratan de nuestro bienestar eterno, y nuestras propias almas deberían estar encendidas con el amor de Dios. Deberíamos estar prestos a proclamar sus alabanzas. Cristo debe morar en nuestros corazones mediante la fe, a fin de poder aprender de él y ser colaboradores suyos. Debemos ir unidos, decididos, con la ayuda de Dios, a dar testimonio de su gloria en cada acto de nuestra vida (*The Review and Herald*, 22 de octubre, 1889, párrafo 10).

Tenemos una obra importantísima que hacer: la obra de obedecer a Cristo y dar testimonio de él. Dijo a sus discípulos: “Y vosotros daréis testimonio también, porque habéis estado conmigo desde el principio”. Los discípulos habían de ser honrados dando testimonio de la misión de Cristo. Habían estado con él constantemente y habían adquirido un conocimiento valiosísimo para impartir a los demás. Nosotros no podemos estar con Cristo presencialmente como lo estuvieron sus primeros discípulos, pero él ha enviado a su Espíritu Santo para guiarnos a toda la verdad, y por medio de este poder nosotros también podemos dar testimonio del Salvador (*The Gospel Herald*, 1º de agosto, 1900, párrafo 2).

Viernes, 15 de noviembre: Para estudiar y meditar

El Deseado de todas las gentes, “En el tribunal de Pilato”, pp. 671-688.

Cada día con Dios, “La verdad triunfará”, 5 de julio, p. 193.